

su jefe. Pero en la descripción de Aristóteles no se tiene en cuenta que la verdadera motivación del soldado es el interés propio. Aristóteles revela una contradicción en el alma del soldado dispuesto a morir por el otro, puesto que él está pensando en aquello que es mejor para sí mismo. Finalmente, Aristóteles opta por la superioridad de la vida contemplativa, dónde no se depende del sacrificio.

Valga este comentario como muestra del detalle de las discusiones que pueden encontrarse en esta publicación. Recordemos, finalmente, que el coloquio sexto trata de la filosofía natural de Proclo (con intervenciones de Dmitri Nikukin y Emilie F. Kutash) y el séptimo de los problemas psicológicos en las teorías cristianas y neoplatónicas sobre los grados de la virtud (Charles Brittain y Carlos Steel). Una serie, la de los *Proceedings on the Boston Area Colloquium in Ancient Philosophy*, que los estudiosos saben que deben tener en cuenta.—JOSEP MONSERRAT MOLAS, *Universitat Ramon Llull, Barcelona*.

BARROSO FERNÁNDEZ, ÓSCAR, *Verdad y acción. Para pensar la praxis desde la inteligencia sentiente zubiriana* (Granada, Editorial Comares, 2002). 184 pp., 21,5 × 13,5 cm.

La filosofía zubiriana está siendo cada vez más conocida y cultivada por un mayor número de entusiastas discípulos del filósofo donostiarra, que no sólo se limitan a repetir su pensamiento sino que le están sacando sus más profundas implicaciones y virtualidades de cara a la comprensión de la realidad y al análisis de nuestro mundo. En esta línea de enraizamiento en el pensamiento zuribiriano y de búsqueda de sus posibilidades más fructíferas se encuentra el presente libro de Óscar Barroso, joven profesor de la Universidad de Granada. El texto, como nos dice el propio autor en las primeras páginas de presentación, es parte de su tesis doctoral *Hombre, verdad y moral en la antropología de X. Zubiri* (2002).

La idea que se suele tener de la filosofía de Zubiri se reduce con demasiada frecuencia a entenderla como un pensamiento elucubratorio que atiende sobre todo a los aspectos teóricos encaminados a describir y fundamentar nuestra idea de la intelección, de la realidad y del fundamento de ambos polos respectivos. Pero cada vez más se están entresacando y haciendo ver más explícitamente los aspectos éticos y prácticos, de la mano de autores como I. Ellacuría, D. Gracia, A. González, J. Conill o J. Corominas, entre otros. El objetivo del libro de Ó. Barroso se encamina precisamente, como indica el subtítulo del mismo, a «pensar la praxis desde la inteligencia sentiente», es decir, a intentar ver el aspecto o dimensión de praxis que se halla inherente en el ejercicio de inteligir sentientemente la realidad, con todas las consecuencias que eso lleva consigo. En la medida en que el hombre busca la verdad, como adecuación entre intelección y realidad, es importante no entender la verdad, en cualquiera de las tres dimensiones, como un momento únicamente teórico sino también en sus dimensiones prácticas. Para entender esto es fundamental advertir la relación que el hombre tiene con la verdad y el lugar que ocupa en su praxis. El hombre no puede limitarse a aprehender la realidad, en sus tres momentos de aprehensión primordial, logos y razón, sino que apoyado en la realidad tiene que hacer su vida, apropiándose de las diversas posibilidades que la realidad le presenta. Por tanto, «la realidad y su verdad son componentes radicales de toda praxis humana, ya que toda acción humana las envuelve» (p. 16). Así, pues, el objetivo de la investigación de Barroso se ha centrado en mostrar las conexiones que se dan en la filosofía de Zubiri entre la verdad y el hombre, haciendo ver en qué medida la verdad constituye una dimensión esencial de la realidad humana y de su esfuerzo por realizarse.

Este objetivo central lo va desarrollando el autor a través de cuatro momentos,

desplegados a lo largo de los cuatro capítulos de que consta su libro. En el primero, se nos hacen ver las dimensiones o caracteres práxicos de la intelección sentiente zubiriana, en la medida en que en el ejercicio de la aprehensión de las cosas en la realidad no se da sólo un momento meramente teórico sino también realizativo, apropiativo. Ello es así por cuanto con la dimensión intelectual se dan también, en el ejercicio de aprehensión de realidad, los momentos volitivo y sentimental, mostrándose así la unidad radical de la inteligencia sentiente, el sentimiento afectante y la voluntad tendente. De este modo, se puede ver que la «frucción» es para Zubiri el estado en el que el hombre queda en su aprehensión de la realidad.

Desde esta unidad radical de la intelección sentiente, el autor nos va resaltando en el segundo capítulo cómo las diferentes modulaciones del logos y de la razón, como momentos ulteriores de la aprehensión primordial de realidad, no solamente representan un empeño por aprehender intelectivamente la realidad sino que forman parte también del empeño del ser humano por realizarse, por hacer su vida y personalizarse. Es decir, el hombre interviene en la realidad tratando de realizarse en ella. En este ejercicio de dar cuenta de la realidad y de realizarse en ella, el hombre va dando sentido a las cosas, a través de la mediación del logos y de la razón, por el ejercicio libre de proponer diversos esbozos que tendrán que ser puestos posteriormente a prueba, en el ejercicio de probación física de realidad. Por tanto, en la presentación de estas múltiples propuestas libres de sentido se advierte la intrínseca relación existente entre el momento teórico y práxico de la relación humana con la realidad, advirtiéndose también la estrecha relación entre la razón teórica y la ética y práxica, pretendiendo cerrarse de este modo la escisión que desde Kant se había producido entre ambas dimensiones de la racionalidad.

Tanto en el ámbito de la razón teórica como en el de la ética, el ser humano se mueve en el terreno de la libre propuesta de esbozos y de sentidos, que tendrá que contrastar con la vuelta a la realidad. Así, en el ejercicio de la razón como búsqueda de fundamento de la realidad, se advierte tanto la inevitable pluralidad de propuestas de sentido, como también la insuficiencia de las propuestas relativistas. La razón tiene una necesaria dimensión social e histórica, que hacen obsoletas las propuestas dogmáticas y fundamentalistas. Pero eso no significa que tengamos que aceptar las posturas relativistas e historicistas, que absolutizando el hecho de la pluralidad de propuestas de sentido propias de la condición histórica del ser humano, olvidan su profundo arraigo y apoyo en la realidad. La verdad no se sitúa tan sólo en el nivel del sentido (como si dependiera sólo de la decisión arbitraria de los seres humanos), sino en la conjugación de sentido y realidad. La realidad nos da que pensar y al mismo tiempo nos da, o nos quita, la razón en la búsqueda de la verdad real. Se exige, por tanto, saber conjugar el respeto al pluralismo de sentidos como también la huida de las propuestas relativistas que hoy día nos proponen determinadas teorías postmodernas, para atenernos seriamente a la realidad y a su verdad real.

De ahí que el planteamiento de Zubiri sobre la verdad real como meta a la que apunta el ejercicio de la razón, nos pueda servir adecuada y fructíferamente, como nos hace ver el autor en el capítulo cuarto, para estudiar el modo como Zubiri analiza la situación de crisis cultural y moral, la «crisis de la modernidad», en la que se halla empantanado nuestro mundo. El hombre está instalado en la realidad y empujado por ella a inteligirla, a hacerse cargo de ella y a apropiarse de sus posibilidades como modo de realizarse. Pero tal realidad se nos aparece siempre como oscura y problemática. De ahí la referencia de diversas filosofías contemporáneas

a la *angustia*, al *sentimiento trágico*, o la *nausea*, como estructuras básicas de la condición humana. Por el contrario, Zubiri entiende que la angustia no es más que el síntoma de la situación *patológica* y de *desmoralización* en la que se encuentra el hombre actual. Considera Zubiri que esta situación de *desmoralización* se debe a la pérdida de *fruencia* en la realidad, es decir, a la incapacidad en la que se sitúa el hombre actual de apropiarse de las posibilidades adecuadas en su empeño por realizarse y hacerse persona. Es decir, ha perdido el sentido de la realidad, dedicándose a perseguir y apropiarse de realidades que no le hacen feliz ni le ayudan a realizarse. Una segunda causa de tal crisis consiste en no saber estar en el presente, escapándose hacia el futuro. Una tercera razón de la crisis se halla en la incapacidad del hombre actual de apoyarse en la verdad real, tendencia que le hace medir y preferir las diversas teorías por su utilidad y no tanto por su verdad, esto es, por su adecuación a la realidad. Por tanto, se halla sin fundamento, sin apoyarse debidamente en la realidad. Esta pérdida de fundamento, presentada como un progreso por la postmodernidad, supone la denominada *muerte de Dios*, la pérdida de la consciencia de la esencial religación del ser humano al poder de lo real, que le empuja a la pregunta por la realidad de Dios como fundamento de lo que hay. Ante esta crisis de la modernidad, explicitada por estos síntomas, Zubiri no se muestra pesimista sino que nos indica como remedio atenernos a la realidad y recuperar la voluntad de verdad real.

Aunque puedan sonar a soluciones demasiado abstractas y teóricas, estos planteamientos nos están mostrando, como indica Ó. Barroso, «la pertinencia de su (de Zubiri) filosofía en el actual debate en torno a la Modernidad» (p. 19), en la medida en que forman una unidad inseparable una buena teoría de la realidad con una correcta orientación de la praxis moral de nuestras acciones. Si el hombre tiene que hacerse y realizarse como per-

sona, tanto en su dimensión personal como social e histórica, tendrá que contar con una adecuada teoría sobre la realidad, puesto que sólo atenido a ella puede y tiene que realizarse. Aquí se sitúa, por tanto, lo más valioso de los esfuerzos del libro de Ó. Barroso: hacer plausible y clara la estrecha relación en el sistema zubiriano entre de la dimensión teórica y práctica de su pensamiento, cosa que no siempre se ha tenido en cuenta ni se ha explicitado suficientemente. Nos hallamos, pues, ante una excelente aportación teórica, que deja al mismo tiempo apuntadas y en embrión interesantes reflexiones fructíferas que esperamos vaya el autor explicitando en posteriores publicaciones.—CARLOS BEORLEGUI, *Universidad de Deusto, Bilbao*.

RIVERA ROSALES, JACINTO - LÓPEZ SÁENZ, M.^a
DEL CARMEN (coords.), *El cuerpo. Perspectivas filosóficas* (Madrid, UNED, 2002). 337 pp., 24 × 17 cm., ISBN: 84-362-4802-3.

Las reflexiones filosóficas sobre el cuerpo tienen cada vez mayor cabida en los análisis antropológicos, y son un síntoma de una nueva orientación en el estudio del ser humano, en la medida en que lo corpóreo, dentro de la filosofía del hombre, había quedado postergado y minusvalorado hasta el siglo xx. Si en el planteamiento antropológico de Descartes el hombre se definía sobre todo por su consciencia, *res cogitans*, considerando al cuerpo como algo complementario y secundario, la percepción que el hombre actual tiene de sí mismo pasa por considerar al cuerpo como elemento central y esencial de su propio definición y autocomprensión. Somos una realidad *psico-orgánica*; no sólo *tenemos* cuerpo, sino que *somos* cuerpo, y no somos nada al margen del mismo.

El conjunto de estudios que se recogen en este interesante y valioso libro muestra precisamente el modo como ha ido evolucionando en la historia de la filosofía el interés y la valoración de los filósofos hacia